

TRES AÑOS DE GUERRA EN UCRANIA, ¿PARA QUÉ?



Incongruencias estratégicas

Tras tres años de guerra en Ucrania, y sin que se vislumbre aún el fin de las operaciones militares, se empieza a abrir camino un eventual proceso negociador que se ha iniciado con mal pie para el país agredido al ser ninguneado por la Administración de Donald Trump. Es obvio que hay cansancio en la población ucraniana sometida a durísimas condiciones y cunde cierto desánimo, sobre todo desde el fracaso de la contraofensiva de la primavera del 2023 y también por los lentos pero constantes avances del Ejército ruso en el Donbás. Ahora resulta evidente que los países occidentales han ayudado a Ucrania para *resistir*, pero no para *ganar* o, más exactamente, para estar en una mejor posición que Rusia a la hora de abrir negociaciones. Como esto no va a cambiar, máxime desde el giro putinista de Trump, parece

ya inútil en estas nuevas circunstancias prolongar el esfuerzo bélico de Ucrania para mantener una guerra permanente sin poder revertir su curso. Posiblemente con un mayor apoyo militar se hubiera podido forzar a Rusia a aceptar negociaciones estando en una peor posición en el campo de batalla: eso solo hubiera sido factible si Ucrania hubiera conseguido cortar el corredor territorial que une Crimea y el Donbás, con lo que Rusia hubiera perdido el completo control que hoy tiene del mar de Azov.

¿Por qué la OTAN no se volcó a fondo en la coyuntura de la ofensiva ucraniana de 2023? Seguramente por temor a que una Rusia desesperada recurriera a armas nucleares *tácticas*, una eventualidad siempre improbable, pero no imposible y ello pese a que China ha presionado a Putin para que en ningún caso recurra a ellas. Puestas así las

cosas, en una guerra de desgaste Ucrania no puede aguantar indefinidamente, toda vez que Rusia ha acomodado su economía a la guerra, cuenta con el apoyo económico de China y la India y militar de Corea del Norte e Irán y está en condiciones de mantenerse así durante mucho tiempo, sin que las sanciones occidentales la hayan erosionado mucho. No obstante, también es cierto que una economía de guerra no es indefinidamente sostenible pues genera inflación y desequilibrios profundos en la asignación de recursos en detrimento de las condiciones de vida de los ciudadanos. Por tanto, el agotamiento empieza a ser perceptible no solo en Ucrania, sino también en Rusia, aunque sea menos visible en este caso, de ahí que tenga sentido que se hayan iniciado conversaciones, pero ni el formato es el adecuado (de momento, son solo bilaterales entre los Estados Unidos de América -EUA- y Rusia) ni las condiciones son las necesarias para que prosperen.

Aunque Rusia tiene hoy la iniciativa militar al precio de elevados costes humanos y materiales- que al Presidente Vladimir Putin parecen no importarles- su desgaste es evidente. A la vista de todo ello ahora parece claro que el escenario nuclear siempre ha sido muy improbable, pero le ha servido a Rusia para limitar el apoyo militar occidental a Ucrania. Además, si en tres años Rusia solo ha sido capaz de arrebatar el 20% del territorio de Ucrania (incluyendo a Crimea desde 2014)- y

con severas pérdidas- debe quedar claro que la eventualidad teórica de que pueda atacar a Polonia, los Países Bálticos o Finlandia está muy infundada porque no es realista y porque la Unión Europea (UE) parece haber entendido que necesita coordinarse mucho más y cuanto antes en el terreno militar ante el aislacionismo de Trump. En realidad, si Ucrania no hubiera renunciado a su arsenal nuclear en 1991- que remitió a Rusia- esta guerra no hubiera estallado. En el memorándum de Budapest de 1994 se le ofrecieron a Ucrania garantías de seguridad tras renunciar a su arsenal nuclear y todos los firmantes (Rusia, EUA y el Reino Unido) se comprometieron a respetar la integridad territorial de ese país en las fronteras reconocidas por todos de 1991. Pues bien, este olvidado documento fue vulnerado por Rusia al ocupar Crimea en 2014 y pisoteado en 2022 al invadir Ucrania.

Un empate bélico en riesgo de desequilibrarse

Es cierto que sigue pendiente en Ucrania el reto de construir un Estado moderno pues las *revoluciones* de 1990, 2004 y 2014 siempre dejaron a medio hacer ese proyecto, pero la ilegal ocupación de Crimea y la rebelión del Donbás alentada por Rusia interrumpieron los cambios. Es cierto que las dos partes no respetaron los Acuerdos de Minsk sobre este territorio, pero la responsabilidad de la invasión de 2022 es exclusivamente rusa, lo

que refleja la completa involución autoritaria de su régimen político. El argumento de Putin de que Ucrania está dominada por una camarilla nazi no solo es absurdo en sí mismo, sino que ignora que la extrema derecha local que existe, como en todas partes (en el Parlamento Europeo representa el 26% de los escaños), y es peligrosa- es muy minoritaria en términos representativos.

Se ha llegado a una situación de práctico empate en la que ninguno de los dos Estados está en condiciones de imponer sus planes al 100%: ni Rusia ha conseguido ocupar toda Ucrania ni ésta ha podido recuperar partes significativas del 20% ocupado. Rusia ni siquiera ha podido privar a Ucrania de salida al Mar Negro (Odesa) ni ocupar del todo los cuatro *oblasts* que pretende (Lugansk, Donetsk, Zaporiyia y Jersón). Ucrania ha salvado el 80% del país, pero ahora lo crucial es consolidar al menos esta situación, de ahí que la clave será ver cómo se acaban articulando las futuras negociaciones más allá de los acuerdos bilaterales a los que puedan llegar los EUA y Rusia.

Trump ha supuesto un giro radical y muy negativo para Ucrania y la UE al sintonizar con los intereses de Putin: una simple negociación bilateral sin Ucrania- y sin la UE- no funcionará, sobre todo a largo plazo. El inicio de un proceso que será largo y complejo no ha podido empezar peor: el Secretario de Defensa de los EUA (Pete Hagesh) afirmó que

Ucrania no recuperará las fronteras previas a 2014 y tampoco ingresará en la OTAN: dos regalos a Putin *antes* de empezar a negociar, una estrategia incomprensible. A la vez, el enviado Keith Kellogg adujo al principio que la UE no tendrá ningún papel protagonista y que, en su caso, podrá incorporarse después, una vez las bases del acuerdo EUA/Rusia se haya concretado y tan solo a los efectos prácticos de la reconstrucción y, tal vez, de la pacificación y solo el Secretario de Estado, Marco Rubio, fue algo más diplomático al indicar que “muy pronto” la UE deberá ser tenida en cuenta. Por lo que hace al eventual despliegue de tropas extranjeras de interposición Sergei Lavrov, Ministro de Exteriores ruso, ha declarado que su país no está dispuesto a admitir tal presencia, una prueba más que evidente de que la cesión inicial de los EUA- al renunciar a dos bazas negociadoras clave- ha envalentonado al agresor.

Lo más grave es que el estilo Trump/Putin recuerda los modos imperialistas del siglo XIX en el que las grandes potencias se repartían el mundo y lo redistribuían a su antojo. Es decir, ambos mandatarios están actuando como si se tratara de una transacción estrictamente bilateral, al modo de un nuevo Yalta. Trump ha blanqueado a Putin (lo ha calificado de “líder mundial”), afirma “llevarse bien” con él y, lo peor, ha asumido gran parte de su argumentario. Trump afirma

que Ucrania tenía que haber hecho “concesiones” (?) a Rusia en 2021 y así hubiera evitado la guerra, ha declarado que aquel país *podría* volver a ser ruso y ha añadido- lo que es tremendamente ofensivo- que el Presidente Volomir Zelenski es “ilegítimo” porque concluyó su mandato presidencial (como si en plena guerra fuera posible celebrar elecciones) y, lo más asombroso, que se ha convertido en un “dictador” (*sic*), responsable de la guerra (*resic*), un claro ejemplo de disonancia cognitiva. Además, los EUA se han negado recientemente (cumbre internacional del G-7) a declarar a Rusia como país agresor. Con todo ello se han tirado por la borda tres años de incondicional apoyo occidental a Ucrania y, dado el peso aplastante de los EUA en la ayuda militar- que previsiblemente se recortará cada vez más-, Ucrania se verá forzada a hacer concesiones, aunque todo esto no será inminente. Queda claro que a Trump solo le interesan los negocios: por eso reclama el 50% de las tierras raras de Ucrania para compensar la ayuda ofrecida- pese a que muy mayoritariamente Joe Biden la consideró no reembolsable –, ante lo que Zelenski ha señalado que su país no está en venta, si bien se ha abierto a pactar una parte de este capítulo con los EUA para no romper. Al mismo tiempo, Trump desea normalizar cuanto antes las relaciones comerciales con Rusia y levantarle las sanciones y todo ello porque sintoniza con los autócratas al ser su impulso

político iliberal, lo que le identifica con ellos, y en este segundo mandato que acaba de empezar está imponiendo una muy inquietante y rápida agenda de desmantelamiento de los equilibrios y los controles del poder.

La traición trumpista y el papel de la Unión Europea

El encuentro en Riad- no es casual que se haya escogido Arabia Saudí pues en los cálculos de Trump este país debería colaborar en su delirante propuesta de limpieza étnica de Gaza- ha echado por la borda el legado de Biden y ha ninguneado a la UE. Trump no soporta la existencia de la UE, de ahí sus amenazas de aranceles y su rechazo de la regulación, a la vez que el Vicepresidente J.B. Vance, ha afirmado que la libertad de expresión está en peligro en tal entidad. En este caso, se confunde interesadamente la legítima crítica a la extrema derecha- que, por cierto, goza de plena legalidad y libertad en la UE- con inexistentes prácticas censoras y represivas. Trump solo se ha reunido con el húngaro Víktor Orbán- el campeón del iliberalismo en la UE- y con Giorgia Meloni, la Presidenta (ella exige el término “Presidente”) del gobierno italiano claramente de derecha radical.

La UE no puede ceder pues sería una derrota en toda regla no estar en la futura mesa con los EUA, Rusia y, obviamente, Ucrania (Zelenski ha sido inequívoco al respecto: sin la

participación ucraniana cualquier eventual acuerdo será totalmente nulo), lo que exige la máxima firmeza (la estonia Kaja Kallas, la Alta Representante de la política exterior de la UE, es mucho menos contundente en sus declaraciones que Josep Borrell, su predecesor en el cargo) y una alta coordinación, pese a que Orbán- y tal vez el eslovaco Robert Fico- se distancien. Por cierto, el rechazo trumpista de la UE coincide exactamente con las tesis de Rusia: el Informe Laguinov critica a la “burocracia de Bruselas” por “globalista” y contraria a los intereses nacionales de los Estados miembros, erosionaría la soberanía de los mismos, impondría fórmulas uniformistas, estaría dando un apoyo “irracional” a Ucrania y reflejaría un diseño expansivo de una Europa geopolítica de corte neoimperial.

En estas circunstancias, es cierto que la UE tiene siempre y por definición dificultades estructurales para ser un actor político internacional relevante precisamente por tener que pagar el precio de no ser un Estado. Es cierto que carece de instrumentos ejecutivos asimilables, aunque es innegable que ha avanzado (se ha roto el tabú de ayudar militarmente a un país agredido), pero le falta una mayor integración de la industria de defensa, mancomunar el gasto militar y, sobre todo carece de suficiente vocación de ir hacia un solo Ejército (la suma de los 27 ejércitos nacionales da la impresionante cifra de 1.5

millones de soldados, igual que los EUA y Rusia, por cierto). Las cumbres impulsadas por Emmanuel Macron han sido un primer paso político, pero ni tiene mucho sentido que se arrogue el liderazgo europeo- algo que incomoda a muchos Estados de la UE, ni por lo demás los resultados fueron muy brillantes: dadas las divisiones internas ni siquiera hubo un comunicado final conjunto. En cualquier caso, parece extenderse la impresión de que los EUA ya no son un claro aliado incondicional y confiable y eso podría ayudar a buscar una mayor autonomización. Con todo, no se puede ignorar que en la UE las sólidas fuerzas de la extrema derecha no solo están radicalmente en contra de una eventual federalización política de la misma, sino que sintonizan con el discurso reaccionario de Trump.

Una nota conclusiva

La “paz” que preparan Trump y Putin no resolverá nada porque, como mucho, será una tregua temporal y en las condiciones que desea Rusia que entonces tendría tiempo de rearmarse y reorganizarse. En realidad, la estrategia trumpista de cesión a Putin es muy cortoplacista pues los EUA deberían tener interés en reducir la presencia de Rusia en el mercado estratégico. Aparte de este argumento económico- uno de los pocos que podría suscitar dudas a Trump- hay otro que sí le afectaría: una cesión completa a las tesis de Putin podría dar la imagen de un Trump

perdedor, algo que este magnate narcisista no podría soportar. En suma, es muy improbable que Zelenski reconozca *formalmente* la cesión de territorios y por ello el desenlace más probable no es el de un estricto Tratado de paz, sino un armisticio como el que existe entre las dos Coreas. No obstante, el cese el fuego exige muy altas garantías de seguridad militar y, además, una generosa financiación para la reconstrucción y sin estas dos compensaciones tal escenario es improbable.

Zelenski sabe que militarmente el 20% del territorio ocupado por Rusia es hoy irre recuperable y aún menos en cuanto los EUA restrinjan la ayuda militar. A Ucrania ya se le ha dicho que no ingresará en la OTAN y, en consecuencia, Zelenski reclama o bien que le entreguen armas nucleares (esto ha sido descartado por completo) o bien que se desplieguen 200.000 soldados de

interposición. De un lado, Rusia rechaza tal despliegue, y de otro los EUA han señalado que tal supuesto, en su caso, le correspondería en exclusiva a la UE y hoy muchos de sus gobiernos no están (aún) por la labor. En conclusión, la clave del fin del conflicto armado radica en las garantías de seguridad defensiva para Ucrania que resulten totalmente disuasorias para Rusia y no se arriesgue en ese caso a reanudar la guerra más adelante. Como esta es la parte más complicada de las negociaciones está hoy todo abierto, pero sin concretar con detalle esta condición no habrá tregua estable e indefinida.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat

Catedrático emérito de ciencia política de la Universidad de Barcelona

Fuentes de referencia

- F. Aldecoa y E. García Cancela (eds.), *Las claves de la profundización y ampliación de la Unión Europea tras la agresión rusa a Ucrania*, La Catarata, Madrid, 2024.
- D. Bondar: “La guerra nuclear híbrida de Putin contra Ucrania”, *Sin Permiso*, 29 enero 2025.
- V. Ishchenko: “Ucrania: En caso de crisis institucional, el peligro son los nacionalistas”, *Sin Permiso*, 10 diciembre 2024.
- K. Logvinov: Informe del representante de la misión permanente de la Federación de Rusia en la Unión Europea y el EURATOM, 1 febrero 2024, <https://lc.cx/xaGCGX>

- E. Mora: “Alto el fuego en Ucrania, ¿a qué precio?”, *Política Exterior Newsletter*, 13 febrero 2025.
- M. Mussetti: “Gli USA di Trump normalizzano i rapporti con la Russia di Putin”, *Rassegna geopolitica, Limes. Rivista Italiana di Geopolitica*, 19 febrero 2025.
- H. Perekhoda: “La lucha por la libertad de Ucrania está íntimamente vinculada a la lucha global contra las fuerzas fascistas”, entrevista, *Sin Permiso*, 14 febrero 2025.
- I. Petrenko: “¿Qué significa el regreso de Trump para la guerra de Ucrania?”, *Agenda Pública*, 7 febrero 2025.
- J. Puglierin, A. Vervelli y P. Zerka: “Encuesta: ¿Qué piensan los europeos de Trump y los Estados Unidos?”, *Agenda Pública*, 18 febrero 2025.
- A. Tootze: “Conferencia de Seguridad de Múnich: ¿Qué puede Europa frente a Trump?”, *Sin Permiso*, 16 febrero 2025.
- V. Zelenski: “No dejaré que Putin gane y vivo para que no ocurra”, entrevista de *The Economist* en *Agenda Pública*, 13 febrero 2025.

Publicado por



Con el apoyo de



ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.